



LA RENOVACIÓN DEL AMOR EN EL MATRIMONIO

FORMACIÓN

FAMILIAR



1. INTRODUCCIÓN

El matrimonio responsable de preparar el tema hace una breve introducción del mismo.

2. ORACIÓN

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego eterno del tu amor.

Envía Señor tu Espíritu y todo será creado y se renovará la faz de la tierra.

Amén

Lectura del Evangelio del día

3. IDEARIO

Leer un párrafo, elegido por el matrimonio encargado de preparar el tema. O bien comenzar desde el principio del Ideario.

“No se ama lo que no se conoce”

4. LA RENOVACIÓN DEL AMOR EN EL MATRIMONIO

Reflexión:

AMOR A SEGUNDA VISTA

Autor: Adhemar Cuellar

Nicasio y Nicasia, una pareja que llevaba 7 años de matrimonio, estaban viendo en la Televisión la telenovela del momento.

Nicasio al ver que en la telenovela mostraban la escena de un matrimonio le comenta a su esposa:

- Nicasia te acuerdas de Nicanor mi sobrino, se casa la próxima semana.

- ¿Cómo que se casa? Pregunta Nicasia asombrada, si hace algunos días estaba solo, no tenía novia, y ahora me sales tú con que se casa. Y continúa diciendo,

- ¡Qué tontería tan grande! ¿Me quieres decir que se vieron una sola vez y se enamoraron? O sea que fue un amor a primera vista.

- Así parece, responde Nicasio.

Entonces la aun enamorada esposa pregunta a su amado:

- ¿Y tú mi amor crees en el amor a primera vista? ¿Qué crees que responde Nicasio?,

Él dice sonriendo:

- Claro que si querida, yo creo en el amor a primera vista, porque si te hubiera mirado dos veces, no me habría casado contigo.

Amor a primera vista existe también en el Reino de Dios.

Existen muchos fieles que se enamoraron de Dios, entregaron sus vidas, le entregaron su corazón, fue un amor a primera vista, pero luego paso el tiempo, pasaron los días y este amor se fue apagando, este amor se fue haciendo tedioso, hay más de uno que ha convertido todo en una rutina, Dios tiene una palabra para todos sus hijos que a lo largo de este año, han enfriado y apagado su amor hacia Él.

Apreciados hermanos:

Estamos empezando un nuevo año, Nuestro padre Dios nos insta a mirar nuestro interior, hacer un examen de conciencia y descubrir el motivo, la causa que hizo que el fuego del amor espiritual se apague, para así poder volver a él.

Hay una canción muy famosa que dice así: “y volver volver a tus brazos otra vez” Este año vuélvete a Dios, y cántale: “y volver, volver a enamorarme otra vez” de ti mi Señor, mi Rey mi Salvador, el Todopoderoso.

Empecemos este nuevo año con el propósito de amar a Dios con toda nuestra mente, nuestro corazón, nuestras fuerzas y con toda nuestra alma.

Este amor puede ser un amor a primera vista, también puede ser a Segunda vista, el objetivo en fin es Amarlo a Él, sobre todas las cosas se escucha decir por ahí, Año viejo, amor viejo, año nuevo, amor nuevo.

Os deseo también lo mismo, un nuevo año con un nuevo amor, hacia Dios, un nuevo año con un corazón que arda de amor por el reino de Dios.

DESARROLLO DEL TEMA: LA RENOVACIÓN DEL AMOR EN EL MATRIMONIO CONSEJO:

De tu mundo y del mío tomemos lo mejor...! para construir el nuestro!

Claves para un matrimonio feliz:

1. No estén los dos enfadados al mismo tiempo.
2. Nunca se griten el uno al otro, a menos que la casa esté en llamas.
3. Si uno de los dos quiere ganar una discusión, deja que sea tu pareja.
4. Si tienes que criticar, hazlo con amor.
5. Nunca se recuerden errores del pasado.
6. Estén siempre disponibles el uno hacia el otro.
7. Nunca se retiren a dormir con un desacuerdo sin resolver.
8. Por lo menos una vez cada día trata de decirle algo bondadoso o un cumplido agradable a tu pareja.

9. Cuando hayas hecho algo equivocado estate preparado para admitirlo y para pedir perdón.
10. Se necesitan dos para formar una disputa, y el que está equivocado es el que más habla.

Nos dice el Papa Francisco:

“Perdón”. En la vida cometemos muchos errores, muchas equivocaciones. Los cometemos todos. Pero tal vez aquí hay alguien que jamás cometió un error. Levante la mano si hay alguien allí, una persona que jamás cometió un error. Todos cometemos errores. ¡Todos! Tal vez no hay un día en el que no cometemos algún error. La Biblia dice que el más justo peca siete veces al día. Y así cometemos errores... He aquí entonces la necesidad de usar esta sencilla palabra: «perdón». En general, cada uno de nosotros es propenso a acusar al otro y a justificarse a sí mismo. Esto comenzó con nuestro padre Adán, cuando Dios le preguntó: «Adán ¿tú has comido de aquel fruto? ». «¿Yo? ¡No! Es ella quien me lo dio». Acusar al otro para no decir «disculpa », «perdón». Es una historia antigua. Es un instinto que está en el origen de muchos desastres. Aprendamos a reconocer nuestros errores y a pedir perdón. «Perdona si hoy levanté la voz»; «perdona si pasé sin saludar»; «perdona si llegué tarde», «si esta semana estuve muy silencioso», «si hablé demasiado sin nunca escuchar»; «perdona si me olvidé»; «perdona, estaba enfadado y me la tomé contigo». Podemos decir muchos «perdón» al día. También así crece una familia cristiana. Todos sabemos que no existe la familia perfecta, y tampoco el marido perfecto, o la esposa perfecta. No hablemos de la suegra perfecta... Existimos nosotros, pecadores. Jesús, que nos conoce bien, nos enseña un secreto: no acabar jamás una jornada sin pedirse perdón, sin que la paz vuelva a nuestra casa, a nuestra familia. Es habitual reñir entre esposos, porque siempre hay algo, hemos reñido. Tal vez os habéis enfadado, tal vez voló un plato, pero por favor recordad esto: no terminar jamás una jornada sin hacer las paces. ¡Jamás, jamás, jamás! Esto es un secreto, un secreto para conservar el amor y para hacer las paces. No es necesario hacer un bello discurso. A veces un gesto así y... se crea la paz. Jamás acabar... porque si tú terminas el día sin hacer las paces, lo que tienes dentro, al día siguiente está frío y duro y es más difícil hacer las paces. Recordad bien: ¡no terminar jamás el día sin hacer las paces! Si aprendemos a pedirnos perdón y a perdonarnos mutuamente, el matrimonio durará, irá adelante. Cuando vienen a las audiencias o a misa aquí a Santa Marta los esposos ancianos que celebran el 50º aniversario, les pregunto: « ¿Quién soportó a quién?» ¡Es hermoso esto! Todos se miran, me miran, y me dicen: « ¡Los dos!» Y esto es hermoso. Esto es un

hermoso testimonio.

“Yo, cuando encuentro a uno que se casa... les digo: “¡Estos son los que tienen coraje!” Porque no es fácil formar una familia. No es fácil comprometer la vida para siempre. Hay que tener coraje. Y los felicito, porque ustedes tienen coraje”, dijo.

“A veces me preguntan cómo hacer para que la familia vaya siempre adelante y supere las dificultades. Yo les sugiero que practiquen siempre...tres palabras que expresan tres actitudes...que los pueden ayudar a vivir la vida de matrimonio, porque en la vida de matrimonio hay dificultades: el matrimonio es algo tan lindo tan hermoso, que tenemos que cuidarlo, porque es para siempre. Y las tres palabras son “**permiso, gracias, perdón**”.

Permiso.

Permiso: siempre preguntar al cónyuge (la mujer al marido, el marido a la mujer) “¿qué te parece? ¿te parece que hagamos esto? Nunca atropellar. Permiso.

Gracias.

La segunda palabra: ser agradecidos. Cuántas veces el marido le tiene que decir a la mujer “gracias”. Y cuántas veces la esposa le tiene que decir al marido “gracias”. Agradecerse mutuamente. Porque el sacramento del matrimonio se lo confieren los esposos, el uno al otro. Y esta relación sacramental se mantiene con este sentimiento de gratitud. “Gracias”.

Perdón.

Y la tercera palabra es “perdón”, que es una palabra muy difícil de pronunciar. En el matrimonio, siempre —o el marido o la mujer— siempre tiene alguna equivocación. Saber reconocerla y pedir disculpas, pedir perdón, hace mucho bien. Hay jóvenes familias, recién casados, muchos de ustedes están recién casados, otros están por casarse. Recuerden estas tres palabras, que ayudarán tanto a la vida matrimonial: **permiso, gracias, perdón**. Repitémoslas juntos: permiso, gracias, perdón. ¡Más fuerte, todos!”

Bueno, todo esto es muy lindo, es muy lindo decirlo en la vida matrimonial. Pero siempre hay en la vida matrimonial problemas o discusiones. Es habitual y sucede que el esposo o la esposa discutan, alcen la voz, se peleen. Y a veces vuelen los platos. Pero no se asusten cuando sucede esto. Les doy un consejo: nunca terminen el día sin hacer la paz.

¿Y saben por qué? Porque la guerra fría al día siguiente es muy peligrosa. ¿Y cómo tengo que hacer, padre, para hacer la paz?, puede preguntar alguno de ustedes. No hacen falta discursos. Basta un gesto. Y

se acabó. Está hecha la paz. Cuando hay amor, un gesto arregla todo.

Los invito antes de recibir la bendición a rezar por todas las familias aquí presentes: por los recién casados, por los que están casados desde hace tiempo y por los que se van a casar.

“Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La Asamblea del Sínodo de los Obispos que ha concluido hace poco, ha reflexionado a fondo sobre la vocación y la misión de la familia en la vida de la Iglesia y de la sociedad contemporánea. Ha sido un evento de gracia. Al finalizar los Padres sinodales me han entregado el texto de sus conclusiones. He querido que este texto fuera publicado, para que todos fueran partícipes del trabajo que nos ha visto empeñados juntos por dos años. No es este el momento de examinar tales conclusiones, sobre las cuales yo mismo debo meditar.

Mientras tanto, pero, la vida no se detiene, en particular la vida de las familias ¡no se detiene! Ustedes, queridas familias, están siempre en camino. Y continuamente escriben en las páginas de la vida concreta la belleza del Evangelio de la familia. En un modo que a veces se convierte en árido de vida y de amor, ustedes cada día hablan del gran don que son el matrimonio y la familia.

Hoy quisiera subrayar este aspecto: que la familia es un gran gimnasio para entrenar al don y al perdón recíproco, la familia es un gran gimnasio para entrenar al don y al perdón recíproco, sin el cual ningún amor puede durar a largo, sin donarse, sin perdonarse, el amor no permanece, no dura. En la oración que Él mismo nos ha enseñado —el Padre Nuestro— Jesús nos hace pedirle al Padre: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Y al final comenta: «Si perdonan sus faltas a los demás, el Padre que está en el cielo también los perdonará a ustedes. Pero si no perdonan a los demás, tampoco el Padre los perdonará a ustedes» (*Mt 6,12.14-15*). No se puede vivir sin perdonarse, o al menos no se puede vivir bien, especialmente en familia. Cada día nos faltamos al respeto el uno al otro. Debemos poner en consideración estos errores, debidos a nuestra fragilidad y a nuestro egoísmo. Lo que se nos pide es sanar inmediatamente las heridas que nos hacemos, retejer inmediatamente los hilos que rompemos en la familia. Si esperamos demasiado, todo se transforma en más difícil. Y hay un secreto simple para sanar las heridas y para disolver las acusaciones, es este: no dejar que termine el día sin pedirse perdón, sin hacer la paz entre el marido y la mujer, entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas... ¡entre nuera y suegra! Si aprendemos a pedirnos inmediatamente perdón y a darnos el perdón recíproco, sanan las heridas, el matrimonio se

robustece, y la familia se transforma en una casa más sólida, que resiste a los choques de nuestras pequeñas y grandes maldades. Y para esto no es necesario hacer un gran discurso, sino que es suficiente una caricia, una caricia y ha terminado todo y se recomienza, pero no terminar el día en guerra ¿entienden?

Si aprendemos a vivir así en familia, lo hacemos también fuera, en todas partes que nos encontramos. Es fácil ser escépticos sobre esto. Muchos —también entre los cristianos— piensan que sea una exageración. Se dice: sí, son bellas palabras, pero es imposible ponerlas en práctica. Pero gracias a Dios no es así. De hecho es precisamente recibiendo el perdón de Dios que, a su vez, somos capaces de perdonar a los otros. Por esto Jesús nos hace repetir estas palabras cada vez que rezamos la oración del Padre Nuestro, es decir cada día. Es indispensable que, en una sociedad a veces despiadada, haya lugares, como la familia, donde se aprenda a perdonar los unos a otros.

El Sínodo ha revivido nuestra esperanza también en esto: forma parte de la vocación y de la misión de la familia la capacidad de perdonar y de perdonarse. La práctica del perdón no solo salva las familias de la división, sino que las hace capaces de ayudar a la sociedad a ser menos malvada y menos cruel. Si, cada gesto de perdón repara la casa de las grietas y refuerza sus muros. La Iglesia, queridas familias, está siempre a su lado para ayudarlos a construir su casa sobre la roca que ha hablado Jesús. Y no olvidemos estas palabras que preceden inmediatamente la parábola de la casa: «No son los que me dicen: “Señor, Señor”, los que entrarán en el Reino de los Cielos, sino los que cumplen la voluntad de mi Padre». Y agrega: «Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu Nombre? ¿No expulsamos a los demonios en tu Nombre?” Entonces yo les manifestaré: «Jamás los conocí» (*cfr Mt 7,21-23*). Es una palabra fuerte, no hay duda, que tiene por objetivo sacudirnos y llamarnos a la conversión.

Les aseguro, queridas familias cristianas, que si serán capaces de caminar siempre más decididamente sobre el camino de las Bienaventuranzas, aprendiendo y enseñando a perdonarse recíprocamente, en toda la grande familia de la Iglesia crecerá la capacidad de dar testimonio a la fuerza renovadora del perdón de Dios. Diversamente, haremos predicas también bellas, y quizá expulsaremos también cualquier demonio, pero al final el Señor ¡no nos reconocerá como sus discípulos! Porque no hemos tenido la capacidad de perdonar y de hacernos perdonar por los otros.

De verdad las familias cristianas pueden hacer mucho por la sociedad de hoy, y también por la Iglesia. Por eso deseo que en el Jubileo de la

Misericordia las familias redescubran el tesoro del perdón recíproco. Recemos para que las familias sean siempre más capaces de vivir y de construir caminos concretos de reconciliación, donde ninguno se sienta abandonado al peso de sus ofensas.

Con esta intención, decimos juntos: “Padre nuestro, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden”. Digámoslo juntos: “Padre nuestro, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden”. Gracias.”

5. PUESTA EN COMÚN Y DIÁLOGO

1. Puntos del tema de los que necesitamos explicación.
2. Puntos del tema en los que disentimos del autor.
3. Puntos del tema que queremos resaltar por creerlos importantes.
4. ¿En qué medida nos dejamos llevar del espíritu de diálogo y comunicación entre nosotros y con nuestros hijos?
5. ¿Hasta qué punto dejamos todo, buscamos tiempo, para poder dialogar en familia?
6. ¿Hasta qué punto razonamos, damos motivos de nuestro comportamiento?

Notas:

Notas:

6. TERMINAMOS LA REUNIÓN

1. Oración a María Auxiliadora

Rezamos un Ave María.

María Auxiliadora de los Cristianos

7. FECHA PROXÍMA REUNIÓN Y LUGAR DE CELEBRACIÓN

Notas: